

Texto resumido del Discurso pronunciado por el Ing. don Vital Murillo Delegado de Costa Rica en la Conferencia de Paz celebrada en Pekin.

Jesús predicó la paz. Es por ello que toda América, que acepta sus enseñanzas, ama la paz. Nosotros, buenos católicos en aquellas lejanas tierras y que constituimos la gran mayoría, amamos la paz; y todos nosotros, unos de una manera y otros de otra, trabajamos para la realización de este gran ideal de la humanidad.

La delegación de Costa Rica, que es la veterana puesto que algunos de los que pertenecemos a ella estamos aquí desde fines de julio, ha estado en capacidad de conocer al gran pueblo chino tal como es, en numerosos detalles. Hemos visto su sencilla modestia, su sagrado sentido del deber y su profunda sinceridad. Hemos visto cómo está henchido de un gran espíritu de progreso y de un sincero deseo de paz.

Nosotros palpamos que la propuesta de India, de que la Nueva China debía escogerse como sede de este acontecimiento, fué un positivo rasgo de ingenio porque China, además de tener esas grandes virtudes, es el centro geográfico de los países afectados por la guerra. Ella es, por consiguiente, y necesariamente, una de aquellas que más fervientemente desean la paz mundial. Además de eso, las grandes cualidades morales del gran pueblo chino, las cuales nosotros plenamente reconocemos, son la garantía de un ambiente honesto y sincero, que es tan importante como se necesita en la conferencia que ahora celebramos, conferencia que está llamada a efectuar un cambio social en toda la humanidad, una transformación que convertirá las lágrimas de las madres, novias y niños, en sonrisa de felicidad y cantos de alegría.

La delegación de mi país quiso que yo, como un Cristiano y un Católico, haga una contribución aquí en cuanto al problema de la paz, sin craso fanatismo, pero desde un punto de vista muy mío. Esta es la razón por la cual estoy aquí en esta honrosa tribuna.

La delegación de mi país comprende a muy diferentes elementos. Tenemos diversas ocupaciones; mantenemos opiniones políticas diferentes y sostenemos credos distintos; desempeñamos deberes, a veces en esferas diferentes, casi antagónicas, pero todos tenemos en común, como una devoción religiosa, como un deber sagrado, el ferviente deseo de que la paz reine sobre la tierra.

Jesús predicó la paz. Es por ello que toda América, que acepta sus enseñanzas, ama la paz. Nosotros, buenos católicos en aquellas lejanas tierras y que constituimos la gran mayoría, amamos la paz; y todos nosotros, unos de una manera y otros de otra, trabajamos para la realización de este gran ideal de la Humanidad.

¶ Pero este codiciado sueño, este precioso ideal, choca con la política de los gobiernos imperialistas. Ellos encuentran incapaces para sostener la ridícula falacia de que la paz es algo odioso, algo dañino a la humanidad, algo abominable, han confeccionado la historieta de que el movimiento de la paz es "comunista", y como tal, está persiguiendo en muchas partes de América a personas que no solamente son amantes de la paz ellas mismas, sino que tratan de trabajar por la paz. El movimiento que nos une a todos nosotros, está definido en el diccionario imperialista como "un movimiento comunista".

Yo no sé, ni deseo saber, quién lanzó el llamamiento de

la paz. Es suficiente para mí que sea un emplazamiento de la Historia, un emplazamiento que nos exige un buen trabajo y que tan urgentemente necesita todo el género humano. Sin preocuparnos acerca de su origen, lo cual es cosa secundaria, me apresuro a apoyarlo, tal como hubiese dicho ¡Presente! si se tratase de un asunto de trabajo cultural, de una campaña social o cualquier otra clase de empresa para el bien común.

Pero la propaganda contra todo el movimiento de paz, es muy grande. Esa es la razón por la cual en América, con pocas excepciones, ha sido empujado a la clandestinidad.

Yo, devoto seguidor de la máxima de Santo Tomás: "Ver para creer", quise venir a esta conferencia, entre otras razones, ya para confirmar o bien para dar un mentís al regresar a casa, a las afirmaciones acerca del dudoso origen de este movimiento de paz que se desarrolla; y estoy muy satisfecho de ver como ha sido conducida esta conferencia, sin política partidista, sin sectarismo, apartándose de cualquier tendencia más posada de un lado que de otro; con los ojos del espíritu puestos en los sangrientos campos de batalla, sembrados de odio, miseria, aflicción y muerte; y con la esperanza del alma fija en la paz, completamente llena de libertad, amor y felicidad.

Costa Rica, mi pequeño y humilde país, en su Himno Nacional fervientemente pide que "viva siempre el Trabajo y la Paz"; y este clamor, muchos miles de veces repetido por sus hijos, no sólo con los labios sino con sus corazones, ha sido oído por Dios. Paz y Trabajo han sido, y son la inalienable herencia de su pueblo; sin embargo, a menudo ha sido empapada en sangre por guerras por invasores extranjeros.

El Papa León XIII abogó, en su Rerum Novarum, por los derechos de los trabajadores y fué acusado de ser un comunista. Ahora también están calificando de comunista el movimiento por la paz. ¿Es simplemente casualidad que sólo las doctrinas de Marx y Lenin pueden emprender buenos trabajos. Ya lo dije al Abate francés Juan Boulier, que no podría haber mejor elogio del comunismo, que decir que es el primer porta-estandarte de este noble movimiento por la paz.

Yo soy un católico y no un comunista, pero a pesar de mis años y de mi ignorancia, el fanatismo no ha dominado mi mente y puedo aún comprender que eso de decir que las doctrinas para crear el bienestar de los obreros y campesinos, las cuales trabajan por la paz, son delirios comunistas, es una mentira fabricada para detener la llegada, muy cercana ya, de esa gran aurora de la humanidad: PAZ.

La paz no significa simplemente el final de las hostilidades, asambleas de rapiña, odiosas dictaduras, gobiernos de las persecuciones y opresiones; significa la terminación del hambre, enfermedad y miseria. Paz es completa tranquilidad; paz es casi la felicidad misma y ella nunca envolverá a la raza humana mientras haya todavía inescrupulosos tratadores, asambleas de rapiña, odiosas dictaduras, gobiernos que despedazan los derechos del individuo y anulan los derechos naturales del género humano y convierten la libertad, que es realmente un obsequio del cielo y que pertenece

Pasa a la pág. 8